



LA BOTIJA PERULERA

Pieza del mes: abril, 2024
Asociación Pisano

La botija perulera

por Asociación Pisano, abril 2024



Botijas amontonadas en el patio interior de la iglesia de San Luis de los Franceses, en Sevilla.

Centra la atención de nuestra pieza del mes un recipiente de barro hoy en desuso que fue muy popular en siglos anteriores. Hablamos de la Botija Perulera. Nuestro interés no es presentar un estudio exhaustivo de las distintas tipologías de unos contenedores que jugaron un papel muy importante en la vida doméstica, en la actividad comercial y en la arquitectura, como veremos a continuación.

En las últimas décadas, varios investigadores especialistas en cerámica y en arqueología se han ocupado de su estudio, clasificación y usos, cuyos trabajos irán reseñados en este mismo texto, por lo que nuestro papel se centra exclusivamente en divulgar la denominación “Botija perulera” para los amantes de los barros que estén menos iniciados. Seguiremos mayoritariamente el trabajo que publicó Alfonso Pleguezuelo Hernández y José María Sánchez Cortegana en 1993¹.

El término “botija” es el modo local de designar un contenedor carente de asas, con forma globular, ovoide o de zanahoria, boca estrecha y grueso labio de rosco, no estaban vidriadas. Es nombrada profusamente a lo largo del siglo XVI, por ser el envase con mayor volumen de comercio. Su calificación alusiva a Perú se deriva probablemente del hecho de que Perú era el destino habitual y el origen de los comerciantes que en Sevilla se encargaban de su facturación. Otros autores completan la información afirmando que su tipología también se vería influenciadas por influencia criolla peruana y posiblemente andina. El modo “perulera” se convirtió por extensión, en sinónimo de cualquier botija comercial.

Eran fabricadas por los olleros, existiendo la especialización: unos hacían el cuerpo y otros la boca, que se convierte en ancha y resistente, apropiada al tamaño de la mano, para sustituir a las asas. Su carencia de base plana no era obstáculo para su estabilidad, pues se torneaba la cara exterior con acanaladuras que impedía que una botija resbalara sobre los hombros de la contigua en que quedaba apoyada.

¹ Envases cerámicos comerciales en el tráfico con América en el siglo XVI: síntesis de un panorama documental. IV Congreso de Arqueología Medieval. 1993



Botijas utilizadas en el relleno de bóvedas de la catedral de Sevilla, que se conservan en las cubiertas como vestigios del pasado.

En ellas se almacenaba vino, aguardientes o aceites para su traslado por barco desde Sevilla hasta las Américas. Se cerraban con tapones de corcho y se sellaban con yeso, para evitar derrames y manipulaciones ilegítimas antes de llegar al destino. Para protegerlas de golpes y la consiguiente rotura durante la travesía se recubrían con una funda de esparto o “estera”, que hacían los esparteros, funda que llegaba hasta la boca. Su capacidad podría alcanzar una arroba (11 litros y medio), media arroba, cuarto de arroba, existiendo las de arroba y media y dos arrobas.

Otro aspecto que interesa resaltar son las marcas que presentan las botijas, que permitían su reconocimiento, propiedad y destino. Se hacían por diversos mecanismos, a veces combinados: estampado a presión, por incisión, por rotulación con almagra roja o tinta negra realizada sobre la funda o en la boca, marcando a fuego la funda de esparto o colgándoles una etiqueta. Incluso se utilizaban signos cristianos, formas geométricas o dibujos caprichosos.

La loza quebrada

Un segundo uso que se le dio a las botijas y otros recipientes de barro, en el caso de que se rompieran antes de cumplir su función o bien salieran defectuosos del horno, fue la de servir en la arquitectura para el relleno de bóvedas, ya que aminoraba el peso del material necesario (arena, piedras, etc.) para nivelar la cubierta y que fuera resistente. Es lo que se llama *loza quebrada*.

También en este apartado hemos de remitir al lector a trabajos de gran interés publicados, como los del coleccionista Luis Porcuna Chavarría², de Osuna, que bebe de los estudios realizados por Fernando Amores Carredano y Nieves Chisvert Jiménez (1991)³, Alfonso Pleguezuelo (1992), Mc Ewan (1992) y Myers et al. (1992). El propio José Gestoso (1903) ya cita contratos de compra de loza quebrada a varios

² PORCUNA CHAVARRIA, Luis. “Loza quebrada”. Cuadernos de los Amigos de los Museos de Osuna nº 19, 2017.

³ AMORES, Fernando; CHISVERT, Nieves. “Tipología de la cerámica común bajomedieval y moderna sevillanas, siglo XV-XVIII.I, La loza quebrada en el relleno de bóvedas.

olleros de Triana en la segunda mitad del siglo XV, para el relleno de bóvedas en capillas de la catedral de Sevilla.

Gracias a estos trabajos, están contrastadas sus épocas y tipologías, mediante el aluvión de restauraciones que se cometieron en Sevilla con vista a la Exposición Universal de 1992.



Botijas peruleras dispuestas de forma decorativa en un hotel sevillano.

Sirva este resumido texto para incitar a nuestros lectores a profundizar en el apasionante mundo de los recipientes que antaño sirvieron para uso doméstico, almacenamiento y transacciones comerciales, que en esta ocasión hemos focalizado en la Botija Perulera.